

EXALTACIÓN DE LA CRUZ

He de confesar que me resultaba tremendamente difícil enfrentarme a este reto propuesto por la Hermandad de la Vera Cruz. Mis escasísimas dotes literarias quedaron totalmente agotadas en el Pregón de la Semana Santa del año pasado. A duras penas, sólo sé escribir de aquello sobre lo que tengo una experiencia directa y me resulta medianamente tangible y el tema que se me proponía y a cuya reflexión nos convoca todos los años la Hermandad que hoy nos acoge, se me antoja para ser desarrollado por alguien más que iniciado en capacidad literaria y conocimientos teológicos. Tengo la total seguridad de que hay docenas de personas en el ámbito de nuestras Hermandades capaces de exponer esta reflexión con más brillantez, profundidad y amenidad que un servidor. Pero había razones y motivos que, por un lado me impedían decir que no y por otro me animaban a enfrentarme a mis propias limitaciones.

En primer lugar, el acto en sí, no tanto por su contenido específico aunque también, sino por lo que representan este tipo de actividades en nuestras hermandades, ya sea la Exaltación de la Cruz en el Mes de Mayo, la Exaltación Eucarística o cualquiera de las muchas mesas redondas, retiros, conferencias o reuniones del tipo que sea que celebran durante todo el año. Creo que estas iniciativas que jalonan de manera discreta, a veces casi imperceptible, el quehacer diario de nuestras corporaciones son la letra pequeña de la Vida de la Hermandad, la que apenas tiene trascendencia ni ocupa páginas de periódicos. Pero a mi juicio, son las que marcan el grado de vitalidad, casi con más nitidez que una estación de penitencia o una Función Principal. En estos quehaceres íntimos, sin ojana ni ojaneta, es donde tenemos que poner el énfasis y tratar de convertir las Hermandades en lo que no deben dejar de ser nunca, comunidades de laicos, unidas por una Fe, bajo el manto protector de unas mismas advocaciones y con un funcionamiento lo más parecido posible al ámbito familiar.

Y no están tan lejos, pienso, de esa realidad, pese a la imagen que desgraciadamente, a veces proyectamos o nos hacen proyectar, sobre todo en épocas de marcado acento electoral, como la que vivimos estos días, que a veces le hacen a uno dudar de dónde está, a dónde va y para qué. Y en esto, creo que todos, absolutamente todos, tenemos nuestro grado de responsabilidad. Entre las complicaciones que nos da la vida y las que nosotros nos creamos gratuitamente las más de las veces, hacemos difícil lo fácil e insalvable lo difícil.

En segundo lugar y volviendo a las causas que me hacen comparecer ante tan nutrida y relevante concurrencia, no quería ser el causante de perder o interrumpir la sana costumbre de hacer recaer esta tarea en un Pregonero de la Semana Santa. Tengo que decir por añadidura, que me siento orgulloso, por supuesto y antes que nada, de haber sido pregonero, como supongo que le pasará a todos los que han tenido ese privilegio, pero no menos orgulloso me siento de que reclamen mi asistencia en cuestiones de Cofradías por el hecho de haberlo sido o que la reclamaran una vez nombrado, antes de pronunciarlo. Y digo esto porque ante posturas absolutamente legítimas y honestas de dejarse ver más o menos en cuitas como esta, cada cuál es muy dueño de decidir libremente a dónde va y a dónde no va, no merecen tanta consideración, sin embargo, los inevitables correveidiles o aduladores al uso, que con tal de defender determinadas posturas, no dudan en tachar a todos los demás en cantamañanas y abrazafarolas ávidos de una fotografía, un titular o un cuadro. Y no saben, estos pobres ignorantes de diario que hacen del servilismo su propio estilo de vida y profesión, que las más de las veces que un pregonero es requerido en algo, son cuestiones tan íntimas y tan sencillas que ellos son los primeros en no enterarse, cosa que por otra parte y dicho sea de paso, les sucede muy a menudo en casi todo aquello de lo que hablan o escriben.

Pero sobre todo había razones de índole humano y afectivo para estar aquí. La amistad cordial y entrañable, a pesar de ser relativamente reciente, con el Hermano Mayor que me lo propuso hace algunos meses y la viejísima amistad del que hoy me recibe, Cabildo de Elecciones por medio, nacida en los ya lejanos tiempos en que ambos militábamos en la misma Legión del Porvenir, me han obligado, añado que felizmente, a comparecer hoy aquí y tratar de salir del entuerto cuando menos con una faena digna.

Tengo que decir, por último y para cerrar el capítulo de mi presencia, que me siento especialmente feliz y honrado de participar en el primer acto oficial de esta Junta de Gobierno, en la que tengo un buen puñado de amigos, y muy especialmente su Hermano Mayor.

Querido Kiko: Hay muchos tipos de hermanos mayores; los hay buenos, malos, trabajadores, figurones, eficaces, torpes, los que sirven y los que se sirven, los que llegan al cargo casi de casualidad y los que se lo habían propuesto de antemano. Pero de todos ellos, yo me quedo con un grupo muy especial; los que llevan a su hermandad en el tuétano de los huesos, en el fondo de sus entrañas, los que la sirven con la misma ilusión como Hermano Mayor o barriendo el zaguán de la Casa Hermandad; los que no saben donde termina su ámbito más íntimo y dónde empieza su Hermandad; y a ese grupo, Kiko, yo sé que es al que tú perteneces. Te quedan por delante tres años apasionantes, porque no todo el Mundo puede decir, como tú o como yo mismo, que ocupa el cargo más importante del Mundo, el de Hermano mayor de su propia Hermandad.

Y por si fuera poco, le ha tocado ponerme en suerte a quién me precediera en su día, no solo en este atril, sino en el Maestrante, pero a diferencia de mí, dotado para eso que llaman la poesía, no la que se hace escribiendo, que también, sino una mucho más hermosa, la que se hace con la vida.

Y dicho todo esto y puestas las pertinentes excusas ante el previsible tedio de la concurrencia y recogido convenientemente el incensario, hablemos un poquito de la Cruz. Y qué podemos decir de Ella, o mejor dicho, qué les digo yo que Vds. no sepan tan bien como yo.

Tampoco falto a la verdad si les reconozco que una vez aceptado el cometido, me asaltaron enormes dudas sobre el enfoque que debía dar al tema. Una salida airosa, por continuar con el símil taurino, vamos, una faena de aliño, hubiera sido ir haciendo un repaso de las cruces que jalonan nuestra querida Semana Santa y haber hecho una reflexión, lo más pinturera posible, eso sí, tomando como argumento la advocación de la imagen o el momento pasional que representan. Así, por ejemplo, hubiéramos podido decir: "La Cruz es el símbolo del amor de Cristo que nos sale al encuentro cada Domingo de Ramos siguiendo la estela de ilusión infantil que ha quedado prendida en la tarde entre palmas que flamean al sol" o "El Señor abraza nuestros pecados con las rosas nuevas del parque como testigos". Ni yo me atrevía a hacer eso y, sobre todo, ni Vds. Se lo merecen.

TIEMPO DE PASCUA

Por otro lado, la Cruz es, al menos aparentemente, un símbolo de tormento, de sacrificio, de entrega, de Penitencia. Pero estamos en el tiempo litúrgico ordinario. Hemos pasado la Pascua y Pentecostés. Ha venido el Espíritu para mantener a Su Iglesia. Si en esta ciudad que nos ha tocado, que es la que nosotros hemos hecho a lo largo de los siglos, ni mejor ni peor que otras, sino la nuestra, en esta ciudad, digo, hacemos festivo el tiempo de penitencia y de Pasión, qué no podremos hacer en esta época. Creo que la solución a esta aparente contradicción la encontraremos con una somera reflexión, entre otras cosas porque estas palabras no dan para más, que nos haga comprender que en ese aparente tormento y sacrificio están la felicidad y la victoria, no tanto desde un planteamiento masoquista, que El Señor no nos llama a eso, como desde la comprensión de que en la entrega que

representa la Cruz está la base del acto de Amor que supone y en la medida que nosotros seamos capaces de seguir sus pasos, encontraremos la felicidad duradera.

VERA CRUZ

Para hablar de la Cruz, hay que tener también mucho cuidado de hacerlo de la Vera Cruz. No pretendo hacer un juego de palabras a propósito del nombre de la Hermandad anfitriona ni menos aun ninguna referencia a la Sagrada Reliquia que custodia, sino una reflexión sobre la necesidad de encontrar la verdadera Cruz de Cristo, entre tantas cruces que salen por doquier prometiendo la felicidad y la libertad de los hombres. Vivimos en la era de las cruces. De cruces en forma de reclamos, de símbolos que nos salen al encuentro, prometiendo la felicidad y la libertad. Hay muchos tipos de cruces. Cruces en la vida política, en el triunfo profesional, en el triunfo económico, en el reconocimiento social, en la gloria a través del triunfo, en ser los mejores en todo a costa de lo que sea. Vivimos los tiempos de la superación de la condición humana. En esta Sociedad, cada vez más avanzada, parece que por fin ha triunfado el Superhombre que anunciaba Nietzsche. Ha roto las cadenas que lo amarraban a espejismos de trascendencia y camina, definitivamente ya, en pos de la Felicidad con mayúsculas. Vivimos en una Sociedad que se ha buscado sus propias cruces, a su imagen y semejanza, que la catapultan hacia una felicidad tan inmediata como aparente, tan fácil como vacía.

¿Tiene sentido en ese contexto social exaltar la Cruz como símbolo de sacrificio? Hay que entenderla como instrumento que representa el martirio, la entrega, el desprendimiento, o como elemento que garantiza la salvación y la victoria definitiva. O quizás, haya que conocerla y entenderla como elemento que aglutina ambas ideas.

Y más perplejos podemos quedarnos al comprobar que a quien nos invitó a cargar con nuestra cruz, sus propios amigos, los padres de nuestra Iglesia, lo dejaron

completamente solo, abandonado a la suerte de sus verdugos, cuando a Él le tocó cargar la Suya. ¿No habremos seguido el mismo camino nosotros? ¿No llevaremos veinte siglos haciendo lo mismo en plena desvandada? ¿Somos verdaderamente conscientes de saber lo que significa cargar con la Cruz?

Y esa Cruz que tenemos que cargar, ¿Por qué nos asusta? ¿ Por qué pesa tanto? De qué está hecha; de abundancia, de riquezas, de vidas regaladas, de lisonjas.

La Cruz pesa, sencillamente, no le den más vueltas, porque lleva nuestros pecados, nuestras miserias humanas, nuestras flaquezas, nuestras dudas, nuestros errores. El Señor supo cargar con ellos en el gesto de Amor más hermoso de la Historia, convirtiendo ese instrumento de martirio en símbolo de Victoria.

Esa es la única Cruz y el único camino que nos podrá llevar a la felicidad auténtica. No desde la mansedumbre, ni desde la resignación, ni desde la tristeza, ni desde el abatimiento, sino desde la certidumbre que sólo nos puede dar la aceptación sin fisuras de la voluntad de Dios.

Es una Cruz que no hay que buscar. Nos saldrá al encuentro de nuestra vida, más allá de nuestra propia voluntad. Más allá de nuestros propios planes. No la encontraremos en los círculos del poder sino en la miseria de los oprimidos, en las carencias del Tercer Mundo mucho mejor que en los excesos del nuestro. En los pasillos de los hospitales la veremos mucho más clara que en los centros del ocio del derroche o de la vida desenfadada.

La encontraremos en los más mínimos detalles de cada día. No son necesarias grandes empresas ni gestos multitudinarios para aceptar el plan de Cristo. En las pequeñas cosas de la vida está presente la grandeza de la Cruz de Cristo y la invitación a tomar la nuestra.

La Cruz se hace presente en el seno de cada familia cristiana y se acrecienta con el Amor de sus miembros, con

la ayuda mutua, con la fidelidad de los esposos, con el cariño, la preocupación y la educación de los hijos, impregnándoles de unos valores que necesitarán en un futuro. En esas familias, a las que ahora le han puesto el adjetivo de tradicionales, formadas por un hombre y una mujer, amándose mutuamente y preocupadas de dar a unos hijos lo más valioso que pueden tener: un padre y una madre.

La Cruz se empequeñece, pierde su fuerza y su protagonismo cada vez que una familia se rompe, cada vez que conocemos un caso de violencia familiar, cada vez que un matrimonio se separa o unos hijos caen en el monstruo de la droga, cuando ya es demasiado tarde para rescatarlos.

La Cruz crece con una Juventud que lo hace en unos valores de dignidad, de educación, de respeto a sí misma y a los demás, de sentido de la responsabilidad y desaparece frente a unos jóvenes sin referencia, sin más preocupación que el ocio inmediato, entregados al simple juego de la diversión.

La Cruz crece en una sociedad más justa, más equilibrada, en la que predomine el Amor, la Caridad, La Justicia, en la que todos quepan, los que están o los que llegan, una sociedad con la mirada puesta siempre al frente, en la búsqueda de un mundo mejor, basada en la superación del pasado y sobre todo en el respeto a todos.

Que esta exaltación externa que hoy hacemos, lo sea también en el interior de nuestros corazones. Hagamos de la Cruz el centro del Mundo. Para que todos la vean a través de nuestras acciones, para que todos crean. Para que todos se conviertan. Dónde sólo llega la guerra. Dónde la Naturaleza se ensaña con los más débiles. Allí también tiene que llegar la Cruz de la Salvación. La única que nos hará libres.

La Cruz en nuestra ciudad, en esta ciudad herida y maltratada por sus propios hijos. En esta ciudad que de

tanto mirarse el ombligo no es capaz de levantar la vista y seguir su camino.

La Cruz en nuestras propias hermandades, que no son tan negativas como algunos pretenden hacernos ver, que no son tan artificiales ni tan frívolas. Que mal que les pese a otros o en el mejor de los casos, quieran ignorarlo, siguen siendo uno de los referentes religiosos más importantes de Sevilla.

Y por supuesto, que sea la Cruz de la Alegría, de la Esperanza, de la Confianza. Os decía al principio no saber cómo enfocar el tema. Decididamente tiene que ser de una forma optimista. No cabe otra forma de vivir nuestro cristianismo ni nuestro compromiso. Tiene que ser la Cruz del triunfo del Amor. La que nos da las fuerzas para sobrellevar la carga de cada cuál. La que nos obliga a ser felices en medio de las desgracias y los sinsabores, porque sabemos que triunfó definitivamente. Porque sabemos que El Amor venció a la Muerte para siempre.

En fin, "Toma tu Cruz y sígueme". Cuántas veces habremos oído esa frase. Tenemos derecho y sobre todo el deber de preguntarnos si lo hacemos realmente ¿Hemos cargado con nuestra cruz y para seguir a quién?. Qué significa tomar nuestra cruz y seguir Sus pasos. ¿Qué cruz es esa que tenemos que cargar los Cristianos? Es que acaso cada cuál no soporta su propia cruz, no carga con ella, no la lleva en el día a día, quiera o no quiera; voluntaria o involuntariamente.

Y volvemos a la idea del principio. La Cruz, un instrumento de martirio, un lastre; para qué cargar con ella, entonces. Acaso se puede alcanzar la felicidad de esta forma. Al final de nuestra reflexión, tenemos que llegar a la inevitable y única conclusión de que esa Cruz nos hará libres y nos hará felices si aceptamos y comprendemos que todo se resume en una sola idea: la aceptación de la voluntad de Dios. Esa expresión, que rezamos a diario en el "Padre Nuestro" y que tan difícil es de llevar a la práctica. Aceptación de la voluntad que significa no desfallecer ante las desgracias y

no creerse más desgraciado que nadie. Aceptación de la Voluntad Divina que hacemos también en la misma medida que seamos capaces de aceptar y querer a quienes nos rodean, que significa saber escuchar, saber comprender sus puntos de vista, saber ponerse en situaciones ajenas y saber aceptar decisiones ajenas; saber entregarse a los demás paralelamente a cómo El Señor lo hizo por nosotros.

No tenemos que buscar nuestra cruz. Nos saldrá al encuentro de cada día. En los detalles más mínimos. En la sonrisa de un niño, en la compañía de un anciano, en la paz de una clausura, en el dolor de un enfermo, en la angustia de una madre, junto a nuestra mesa de trabajo, en la tienda de todos los días, en los bancos de nuestra clase, en el portal de al lado, en la parada del autobús, en el kiosco de prensa. Cuántas pequeñas cruces siguen a la Cruz de Cristo. Cuantas pequeñas obras hacen la gran obra de Cristo. Os podréis sentir solos muchas veces, pero tened siempre muy claro que nunca lo estáis; seguís el camino que nos marca el Señor con su Cruz, el que tantos lo siguieron y tantos lo seguirán. El único que nos hace libres y nos conduce a la Felicidad duradera. No os dejéis distraer por tantas cruces más llamativas, más ligeras, más fáciles de abrazar, que se diluirán entre vuestras manos al poco tiempo.

Gracián dijo "lo bueno si breve, dos veces bueno" y sobre todo, que es lo que más me afecta, "lo malo, si breve, menos malo". Procuramos tenerlo siempre presente.

Gracias por vuestra invitación, por haberme permitido esta reflexión con todos vosotros y por haberme permitido compartir un acto tan vuestro.

Recordad seguir siempre a la Vera Cruz, en cuya compañía os dejo. Es la misma Cruz de todos, pero como somos tan tremendamente humanos, necesitamos concretar y convertir en realidad física aquello que sabemos que está en el Espíritu. Pero si así nos hizo El Señor, por algo será. Por eso yo también me vuelvo, como siempre, con mi

propia Cruz, la que carga mi Cisquero de San Lorenzo, la que intento seguir a duras penas y con todas mis limitaciones y espero que me dé la fuerza suficiente para devolverlo a su Plaza y continuar el camino emprendido.

Enrique Esquivias de la Cruz